

Para Juan Fernando

LA ASIGNATURA MUSICA (O DE COMO APRENDER A ODIAR LA MUSICA)

Rosa María Torres

"¿Cómo es posible?", se preguntaba hace pocos días, entre asombrado e indignado, mi hijo mayor (19 años), mientras, en un dominical arrebatado familiar, papá, mamá e hijos nos dedicamos a revisar colectivamente nuestras respectivas libretas escolares. La exclamación venía a propósito de sus pésimas calificaciones en Música, tanto en la escuela como en el colegio. ¿Cómo es posible, en efecto, que un muchacho que desde niño tuvo una afición excepcional por la Música y un oído estupendo, que toca la guitarra, canta y compone música experimental, que desde hace dos años integra un conjunto de rock (con dos discos de 45 grabados hasta la fecha), y que ahora, después de haber hecho todo esto de oído y sin estudios formales, ha optado por estudiar Música profesionalmente, tenga las libretas de calificaciones plagadas de rojos y llamados de atención precisamente en la asignatura Música?.

Siempre odió las clases de Música. Sistemáticamente se olvidaba de llevar el cuaderno de pentagramas. Jamás contaba nada que tuviera que ver con esa clase, salvo que se aburría, que era un opio, que no pasaba nada interesante. Lamentablemente, la historia es conocida por la inmensa mayoría de niños y jóvenes que pasan por las aulas.

Uno encuentra gente que dice que no le gusta la Matemática, la Historia o el Inglés. Pero, ¿ha oído usted decir a alguien que no le guste la Música?. En todo caso, cuando uno se encuentra con un sujeto semejante, no puede dejar de pensar que es un ser estrambótico, neurasténico, fuera de lo normal. Pues bien: aún con la Música, placer espontáneo de todo ser humano que se precia de tal, el sistema escolar se da modos para hacer que se convierta en un objeto tedioso y sin sentido una vez incorporado como asignatura formal de estudio.

En la mayoría de planteles educativos, Música pasa a ser una asignatura más que se enseña con procedimientos similares a los utilizados con la Gramática, las Ciencias Naturales o la Cívica. Aunque resulte inverosímil, la clase de Música puede transcurrir sin que se escuche una sola nota o se roce un solo instrumento a lo largo de todo el año lectivo. Puede desarrollarse en medio de

perfecto silencio, con la única interferencia del profesor dictando las biografías de Beethoven, Mozart o Bach, o bien la historia de la música, o las definiciones de música, nota, clave de sol, sinfonía, contrapunto, tono, ritmo, etc., o la clasificación de los distintos tipos y ramas de la música, o la taxonomía de los instrumentos musicales.

Puede llegar a recitarse de memoria la jerga musical, sin llegarse por ello a identificar todo eso en una melodía concreta. Horas, semanas, meses, años enteros pueden pasar los alumnos aprendiendo a dibujar notas: blancas y negras, corcheas y semicorcheas, fusas y semifusas, sin que por eso puedan leer nota. Y, créame: estos rudimentos musicales pueden aprenderse en corto tiempo y disfrutando inmensamente.

Como en todas las demás asignaturas, también en ésta puede primar el monólogo, el dictado, la aridez de los conceptos y la teoría, la desvinculación con la realidad, la falta de atención hacia los gustos, intereses y conocimientos de los alumnos. Se estudia Música como si se tratara de un saber raro, antiguo, clásico, sacro, abstracto, que nada tiene que ver con el presente, con la propia realidad, con el entorno cotidiano, con la música común y corriente que uno oye en la radio, en la fiesta, en el videoclip, en el bus. No hay movimiento ni romance, no hay brincos ni alaridos, no hay cadencia ni juego, no hay rock ni cumbia ni pasillos ni merengue ni salsas ni lambada ni rap...

En buena hora, la asignatura Música, pese a todos sus esfuerzos, no logra que niños, jóvenes y adultos perdamos nuestro natural gusto por la música y nuestra capacidad para disfrutar de ella en general. Afortunadamente, no bien niños y jóvenes salen disparados de la clase de Música, vuelven a la normalidad: ahí están clavados junto a la radio o la grabadora, cantando o tarareando siempre, imitando a los cantantes preferidos, dejándose arrullar, estremecer, contagiar, apasionar por la música en todo momento y en todas partes.

Por eso, ¡Viva la música!. ¡Vivan los profesores que creen en ella y saben cómo enseñarla a amar!.

* Publicado en *Familia*, diario El Comercio de Quito, 19/07/92